

PONTON, Olivier, *Nietzsche-Philosophie de la légèreté*. Berlín/Nueva York: Walter de Gruyter, 2007, 343 páginas. Monographien und Texte zur Nietzsche-Forschung Band 53. 978-3-11-019346-6.

Este nuevo monográfico de la editorial Walter de Gruyter sobre Nietzsche, el volumen 53, trata sobre la “filosofía de la ligereza”. El libro parte de una tesis que es al mismo tiempo una convicción, que hay una moral en Nietzsche que se fundamenta en una filosofía de la *ligereza* que irradia toda su obra. En realidad se trata de abordar el pensamiento de Nietzsche desde una perspectiva de gran interés desde la que se puede articular su filosofía, y Olivier Ponton lo hace con una claridad y un orden encomiables, lo cual facilita su argumentación y aporta puntos de vista muy productivos. Y lo hace, especialmente, centrando su investigación en *Humano demasiado Humano* con sus dos apéndices: *Opiniones y sentencias* y *El viajero y su sombra*, pues es en estos textos donde la cuestión de la levedad de la vida alcanza su dimensión filosófica. Estos textos que representan una etapa esencial en la obra de Nietzsche, aunque hay una tendencia bastante extendida que los pasa por alto y que, según Montinari, se tienden a minimizar. Una etapa de renovación dentro de la cual emergen una serie de concepciones fundamentales: la doctrina de la inocencia del devenir, la liberación del espíritu, la crítica del romanticismo y de la metafísica, el análisis de la voluntad de poder, etc.

Sin embargo, el término “ligereza”, o levedad, plantea en sí problemas en la obra de Nietzsche. Es un concepto ya en sí contradictorio, pues por una parte Nietzsche denuncia ciertas formas de ligereza, como las artísticas o religiosas, mientras que las formas que encarnan Zaratustra, Bizet, Montaigne, etc. las sitúa como arquetipos o referencias. Por lo tanto, es necesario desde el principio distinguir entre una ligereza buena y otra mala. Esto no significa, como demuestra el autor, que la verdadera ligereza sea la ausencia de pesadez, sin más, sino la aptitud para soportar y hacerse cargo de la misma pesadez (termino aparentemente antitético). Ser ligero, sin embargo, no supone para Nietzsche descargarse de la vida, sino cargarse con ella con más fuerza y facilidad. (Piénsese en los matices que Heidegger da al término “superación” cuando habla de “superar” la metafísica). Así por ejemplo, cuando Nietzsche se mofa del camello por las cargas pesadas que lleva no lo es tanto por el hecho de que las lleve, sino porque las soportan *pasivamente*, porque subsisten tristemente con la carga que transportan, cuando la verdadera ligereza es alegría de la voluntad, la mala pesadez es tristeza de la voluntad. Existe pues una diferencia sustancial entre el aligerarse de la vida y aligerar la vida.

Olivier Ponton, para clarificar esa aparente contradicción distingue dos criterios que permiten oponer cuál es buen aligeramiento y cual el malo. En primer lugar, la afirmación de sí es un criterio de la verdadera ligereza. La negación de sí, de la mala. Nietzsche en este sentido reinterpreta el “llegar a ser lo que se es” mediante este “aligerarse” la vida. En segundo lugar, el amor de lo real tal cual es en su singularidad y decir sí a aquello que dice que es el peso más pesado. Junto a estos dos criterios hay que tener también en cuenta las dos direcciones que toman las reflexiones de Nietzsche que forman como dos ejes: un eje axiológico y crítico que va desde *Humano demasiado humano* hasta la *Genealogía de la moral* con una tarea netamente genealógica. El otro eje es el positivo y creador. La crítica a los aligeramientos artístico, religioso y filosófico se une al deseo de pensar las condiciones de un aligeramiento superior.

Partiendo de estas ideas la estructura de la obra es pertinente y se articula en torno a una serie de ideas que son fundamentales en la filosofía de Nietzsche. Comienza el desarrollo de su exposición con un primer capítulo que trata sobre la “ligereza griega” (5-45). En este primer capítulo hay una idea dominante que es el concepto de

“descarga” (*Enlaldung*) y todo lo que implica en relación con la tragedia y el espíritu dionisiaco. La tragedia se entiende como “descarga de la música en imágenes”, como “juego estético” en el que se pone de manifiesto la estructura de la creatividad, cuya referencia paradigmática es la dialéctica tensional entre Apolo y Dioniso. Olivier Ponton utiliza bien las fuentes nietzscheanas, poniendo de relieve los lugares comunes de las ideas más importantes de Nietzsche en esta época de su juventud. Y como el objetivo principal del autor es analizar *Humano, demasiado humano* y los textos de la época, se centra a partir de este segundo capítulo en la ligereza de las cosas humanas (46-81) y el espíritu libre. Tiene relevancia especial aquí el sentido de la “inversión del platonismo” y la “seriedad del juego”, y cómo la *genealogía* se opone a la metafísica.

Un tercer capítulo está dedicado a la “inocencia del devenir” (82-183). Es el capítulo más extenso, en el que se explica cómo la filosofía del espíritu libre no se limita a reconstruir un arte de vivir, sino que se esfuerza en construir su propia moral, la moral de un nuevo aligeramiento de la vida. De esta manera el análisis crítico y genealógico se acompaña de una verdadera creación. Pero para comprender ese “realismo” que ilumina toda la filosofía de Nietzsche es preciso examinar la dimensión genealógica y la moral. Aquí, pues, se abordan los tres referentes del aligeramiento de la vida: y que corresponden a las tres grandes figuras: el santo, el artista y el filósofo. El cuarto capítulo se centra en el arte como “aligeramiento” (183-253), o en otros términos, del “embellecimiento de la vida”. A la genealogía del santo y del asceta Nietzsche asocia la del *genio*, es decir, la del artista romántico tal y como lo concebía Wagner y lo encarnaba a sus ojos. El artista como ser inspirado es el que nos da acceso a un conocimiento más profundo del mundo, el que con su manera de mirar las cosas las embellece. Esta manera de considerar el arte lleva al autor a pensar que en Nietzsche se da una *estética de la ligereza* que adquirirá una importancia capital en los escritos de 1887-1888. Si la *Novena sinfonía* de Beethoven y el *Tristán* de Wagner dominan toda la “metafísica de artista”, es *Carmen* de Bizet la obra musical y artística que coloca Nietzsche en el centro de su nueva estética, pues esa música, como la de sur, es “ligera”, la música de la afirmación de sí mismo y de la inocencia del devenir. En definitiva, si el arte es un paradigma en relación al “ser ligero” de la vida, el verdadero aligeramiento consistirá en imprimir un cierto *estilo* de vida que nos eleve, como la danza, hacia lo más alto. El último capítulo, el quinto (254-316), se centra en aquello que constituye la entraña de *Humano, demasiado humano*, sobre el *espíritu libre* y sobre la doctrina de las cosas más próximas.

Si como hemos visto para el autor la filosofía de Nietzsche es una filosofía de la “ligereza”, él concluye al mismo tiempo que esa ligereza no se puede separar del “realismo” nietzscheano, entendiendo por tal el “querer la realidad tal como es”. “Ser ligero” no es más que ser pura adhesión al devenir, pero no una adhesión simbólica o inerte, sino una adhesión consciente y creadora. Es necesario instaurar e inventar formas nuevas de vida dentro de las cuales la realidad pueda ser afirmada y justificada en su diversidad. Todo ello no significa adoptar una actitud escéptica o budista, o simplemente inhibirse del mundo en torno, sino un compromiso heroico y creador. En definitiva, ese realismo no deja de ser el núcleo de lo que se ha llamado el “dilema de Nietzsche” (Leslie Paul Thiele), es decir, “ser capaz a la vez de la afirmación y de la negación”, de “amar y juzgar”. Y aquí está para Ponton la gran dificultad a la hora de interpretar a Nietzsche cuando se quiere reducir su pensamiento a una de las dos dimensiones, en lugar de articular lo que es la *pars destruens* de su filosofía con la *pars construens* y ver cómo se concilian. Esto es lo que genera esa peculiar tensión en el pensamiento de Nietzsche, que es la tensión de la vida misma, o mejor dicho de la “voluntad de poder” que exige a la vez creación y destrucción, como el juego del niño

de Heráclito. El sí y el no, no sólo no son contradictorios, sino complementarios, se implican el uno y el otro. El sí no va sin el no y recíprocamente, dislocarlos es como caer en una “hemiplejia”. El reconocimiento de esta duplicidad o dualidad que tiene su máxima expresión en el par Apolo y Dioniso, juega un papel central en las reflexiones de Nietzsche en torno a la “ligereza”.

Pero el autor no quiere cerrar el libro sin señalar cómo la idea del *eterno retorno* suscita el más grande aligeramiento de vida. Lo cierto es que la idea del *eterno retorno* nos permite comprender que este pensamiento es una especie de crisol en el que la filosofía nietzscheana de la ligereza viene a radicalizarse. En esa última verdad y encrucijada se unen todos los caminos: la doctrina de la inocencia del devenir, la definición de la moral como estética de la existencia, el dilema del sí y del no. Lo más pesado, el *eterno retorno* de lo mismo, “el peso más pesado” nos muestra a su vez lo que debe ser lo más ligero, es decir, el hombre más ligero es aquel que ha sabido hacer de su vida una vida tan fácil y deseable que es capaz de soportarla y de querer que vuelva eternamente. Esta es la prueba que puede que puede hacer explotar en ella la energía de un aligeramiento superior, pues en definitiva la idea del *eterno retorno* tiene como fin cambiar la vida, proporcionarnos una “nueva manera de vivir” que transforme y modifique nuestra propia existencia y nos incite a llegar a ser más reales.

Luis Enrique de Santiago Guervós